

Sobre la esencia de España (*)

III. Solución al problema planteado.

«Almogavar intelectual».

Ni europeización, ni africanización de España. Ambas soluciones pecan de irreales. ¿Pues qué entonces? Simplemente «hispanización»; que España vuelva a ser auténticamente ella misma. Que vuelva los ojos a su historia: pues «pueblo que no sabe historia es pueblo condenado a irrevocable muerte». Tal es la frase que pronunció en ocasión memorable, a propósito de este tema, Marcelino Menéndez y Pelayo.

Naturalmente el brioso empuje de este genio, que con el enorme bagaje de su erudición histórica fácilmente desmontaba las endeblas posiciones europeizantes de Revilla, está exactamente en los antípodas de Ortega. Todo el malhumor de Ortega ante un adversario de tal calidad, contra el que a pecho descubierto no podía luchar, se encierra en la frase injuriosa que lanzó contra él y que encabeza este capítulo: «¡almogávar intelectual!»

Afortunadamente una frase injuriosa no rompe ningún muro y siguió en pie la posición pelayista contra la que años antes en 1876 Revilla había tomado un recurso parecido, cuando llamó al entonces joven Menéndez Pelayo «erudito de nuevo cuño». Es curioso e interesante observar las razones que alegó Revilla para esconder el hecho de su derrota y de su fuga: se retiraba de la polémica para que aquel joven ¡no adquiriera inmerecida fama a costa de combatir la fama de Revilla! ¿quién piensa hoy día en la fama de Revilla, al lado de la de su joven opositor? «Hemos sostenido una polémica que no pensamos continuar, resueltos como entonces a no discutir con los que no saben ventilar con mesura y cortesía las cuestiones científicas, y a no contribuir inocentemente a que, a costa nuestra, se fabriquen reputaciones que distan mucho de ser legítimas» (!).

En realidad de verdad un testigo tan poco sospechoso como Clarín escribía el mismo año 1876 a Menéndez Pelayo, confesando el triste papel del pobre Revilla a su lado: «al ver tan pelado y repechado al Sr. Revilla [...], tiemblo sólo pensando qué sería de mí» (15). Algo de esto cupo también a Perojo en 1878 y a Guardia en 1890.

(*) Segunda parte del artículo publicado en ESPIRITU VII (1958), páginas 128-144.

(15) Toda esta controversia magníficamente expuesta puede verse en IRIARTE, Joaquín, S. I.: *Menéndez Pelayo y la Filosofía española* Tomo II, Madrid 1947, págs. 123, 130.

La tesis de Menéndez Pelayo, si damos por supuesta la erudición histórica con que la demostraba y nos dirigimos a sus ideas, sin duda entre varios elementos contenía en lo hondo, informando toda la marcha de su pensamiento, un doble punto fundamental: 1.º «pueblo que no sabe historia es pueblo condenado a irrevocable muerte», por tanto hay que volver a desentrañar el carácter típico de España a través de su historia; 2.º en esta historia se ve (como hemos dicho al principio, aunque con razones diversas de las de Menéndez Pelayo, porque planteábamos la cuestión no precisamente sobre la Filosofía española, sino de un modo más general) que España tiene «faz propia», de caracteres distintivos y de alto valor.

Este es, pues, el primer paso, la primera afirmación que tomamos también para la solución del problema planteado: volver a la Historia, volver al auténtico ser de España, *hispanizarla*.

Es un fenómeno conocido: el pueblo, la familia, la institución que está en decadencia, empieza por hacerse extraño a sí mismo. En el estudio de los factores que le dieron vida habría de ver su propio ser. Si ya no lo reconoce, está desarraigado, sin ideal, sin principio de vida. su decadencia y su próxima muerte son inevitables.

En un ensayo de estos últimos años sobre el ser de España leí, si no recuerdo mal, una frase, que me llamó la atención, aunque escrita como de paso y que me pareció equivocada. En ella se insinuaba que podemos dejar a un lado la conocida comparación con el ser viviente, el cual, en su vida y desarrollo, es (en cuanto a algo esencial) siempre *el mismo*, aun diversificándose en el crecimiento y en la *manera accidental* de realizarlo.

Mi opinión no coincide en absoluto con ésta. Precisamente creo que es muy interesante y muy adecuada la comparación con el viviente físico para estudiar los problemas que plantea el viviente moral que son las sociedades.

En el vegetal o en todo viviente *en sentido físico*, hay como nos enseña la Filosofía, un elemento múltiple y por determinar, la materia, hay también un elemento unificador y determinante, la forma o principio vital. Cuando hay perfecta información de uno por el otro, es decir, conspiración de todo el viviente hacia el fin propio que con la vida se obtendrá, entonces el viviente está sano con plenitud. El desequilibrio entre ambos elementos, es decir, la des-unión o des-integración, hace al viviente extraño a sí mismo, extraño a la obtención del término teleológico cuya consecución lo impulsó al metabolismo y crecimiento vital por el camino de la unión e integración: sobreviene la decadencia y al fin la muerte.

Puede sobrevenir este desequilibrio o porque prevalezca el elemento múltiple, en una especie de envenenamiento que imposibilite la síntesis vital y cause la descomposición del viviente, o porque prevalezca el principio unitario, moviendo y lanzando el viviente a una proliferación autónoma, que no va en provecho del todo como en el cáncer.

Lo mismo sucede en la *vida psíquica*. La perfecta salud psíquica supone en el hombre que su psiquismo mantiene la unidad. Si sobreviene un elemento desintegrador, que se introduzca y empiece a actuar a modo de núcleo de atracción, a cuyo alrededor graviten fuertes cargas emotivas y tendentivas, tenemos lo que llamamos un «complejo». En el enfermo mental ha llegado a su colmo el extrañamiento a sí mismo; se ha desdoblado su propio psiquismo; ha perdido la síntesis vital psíquica, y con ella el gusto para vivir, porque sin una unidad psicológica con la que esté lanzado a la conquista de «algo propio», no tiene «quehacer», no siente para qué vive, y por tanto halla disgusto en la vida. Desde el punto de vista de las manifestaciones psíquicas del «yo» consciente, no es el enfermo «el mismo» que permaneciendo «el mismo» en la unidad consciente psicológica, vaya ampliándose en sucesivas integraciones. El término último de esta decadencia y enfermedad desintegradora de la mente sería exactamente la «alienación», es decir, el estado del que se ha hecho «alienus» «extraño» a sí mismo. La frase de Külpe «Del yo al nosotros», con que encabeza uno de sus libros de psiquiatría, es exacta y compendia todo un programa de higiene mental. Aquél que no es capaz de sentirse parte adaptada a su sociedad ambiental, o que no es capaz de luchar para esta integración a fin de decir plenamente un «nosotros» que unifique lo múltiple de su horizonte psíquico, sino que erige un «yo» hostil y hosco, cerrado e inoperante, frente a «los otros», éste se ha «alienado» en mayor o menor grado. Aunque al comienzo sólo se trate de una sencilla e inofensiva psiconeurosis sin importancia, el término de este proceso podría ser de suyo la psicosis, que desintegra totalmente e imposibilita la prosecución de la teleología vital en el orden de la vida psíquica del «yo» consciente.

También se observa el mismo fenómeno en la que podríamos llamar *vida moral*. El hombre experimenta en su alma un elemento múltiple de tendencias, algunas pecaminosas (llevan a violar la unidad a que aspira su ser haciendo coincidir lo que «de hecho es» con lo que «debe ser»); otras son simplemente una rémora. Si se deja llevar y dominar por este elemento disgregador, en la misma medida se envilece en el pecado y en el vicio o por lo menos en la vulgaridad moral. Es el enfermo moral. Buen signo de esta enfermedad es la sorda e íntima tristeza que experimenta el pecador, esta náusea de reproche que sube de lo nondo de su ser, al comprobar que aquellos bienes finitos y caducos por los cuales vivía no pueden tener la categoría de fines unificadores de su vida. Entonces pierde el gusto a ennoblecerse, a ser mejor, a vivir conscientemente, y llama vivir a un «alienarse moral», a un hacerse extraño a sí mismo, en que ahoga sus penas huyendo de sí mismo, evadiéndose en la superficialidad de la diversión, de los atractivos excitantes. Sumergido en el divertimento, se verifica en él la realidad del sentido etimológico del *divertire*, «volverse a otra parte», como expresó tan bien, por ejemplo Pascal, en su máxima sobre la infelicidad radical del hombre, que

abandonado a sí mismo necesita divertirse, es decir, extrañarse a sí mismo, salir de sí, para no sufrir. Cuando hay perfecta salud moral—por ejemplo en el santo, hay por el contrario una íntima sensación de gozo en la cenestesia moral, que no es la alegría ruidosa y bulanguera, sino una felicidad reposada, profunda, que como un río remansado invade el alma. Es maravilloso leer en los místicos de qué modo Dios da el gozo de su posesión en lo más íntimo, en el último «hondón del alma», como dice Santa Teresa.

Pues bien, la misma ley de la vida se manifiesta para los vivientes morales que llamamos *sociedades*. Una sociedad (sea familiar, sea cívica, sea nacional, sea internacional, sea religiosa o de cualquier orden) tiene un doble elemento: el material, que son los individuos de que consta y un elemento formal, unitario, que es la Autoridad (entendiendo esta palabra en el sentido más amplio, que incluya por ejemplo las leyes).

Si en un Estado prevalece el elemento material o múltiple, es decir, la multitud, tenemos la demagogia en sus diversos grados y matices: lo formal está tan esclavizado a lo material, que sólo puede actuar halagando sus instintos, azuzándolos y por tanto convirtiéndose a la larga en su esclava; posición de la que sólo hay tres salidas posibles: o reaccionando con la vuelta a una Autoridad firme, que se ponga en su justo límite de equilibrio; o con una Autoridad despótica de extremo opuesto, la Convención; o con la desintegración en reinos de taifas, en innumerables tribus, en mil reyezuelos medievales, hostiles unos a otros, que son la muerte del organismo social como «todo» o viviente nacional.

Si por el contrario en un Estado prevaleciese de tal manera el elemento formal, es decir, la Autoridad, que laborase para su fin propio y egoísmo privado, no para el bien del todo, tendríamos entonces el despotismo. Sería el tipo de Estado a lo Hegel, para quien el Estado es el Absoluto, Creador último de la norma misma de la moral y de derecho, con un total positivismo jurídico. Tal es, por ejemplo, aunque parezca paradójica, el Estado soviético, en quien el comienzo de la demagogia ha dado finalmente paso, por evolución obvia, a la Convención organizada. Que lleve y traiga en sus labios el nombre de «pueblo» no importa nada; es una pura ficción propagandística. Tal era también la Autoridad según la entendía Luis XIV al lanzar su frase «el Estado soy yo». De igual modo pudo haber dicho «la Nación soy yo». De hecho con esta mentalidad oprimió a los individuos con cargas inaguantables, con que pagar sus conquistas bélicas, en que su egoísmo era realmente el triunfante. Por eso se produjo la Revolución francesa, que del dicho «yo lo soy todo» pasó al extremo opuesto, igualmente vicioso, «tú no eres nada», la libertad individual lo es todo, arrastrando al cadalso al descendiente de Luis XIV. La revolución es la manifestación violenta del desequilibrio de fuerzas, que culmina en una ruptura de las estructuras que mantenían provisoriamente oculto este desequilibrio. Sea

con ella, sea por la evolución, puede a veces llegarse al equilibrio verdadero que es el ideal por lograr, expresión de la perfecta salud del viviente social.

La concepción que nos da la Filosofía Cristiana sobre el Estado, dista mucho de la de Luis XIV o de la de Hegel. El Estado cristiano empieza por reconocer en el elemento material o individual algo infinitamente más digno de honor que un mero engranaje anónimo, sin fin en sí, dentro de una máquina monstruosa, que sería el Estado omnipotente; el individuo es «portador de valores eternos» porque procede de Dios y está dotado por El de un destino personal (que nadie le puede quitar): el de poder, si quiere, poseer finalmente a Dios.

Por un lado este Estado cristiano nunca reconocerá (separándose de las orientaciones liberales) el falso principio de las llamadas «libertades fundamentales», en que el individuo en cuanto parte del todo fuese «creador de valores» ya morales, ya jurídicos, como si su voto fuese una partecita de poder, que por su agregación con otras llegase a formar la Autoridad, la obligación, el derecho. Es falso. La libertad humana no es un *fin en sí*, sino un *medio* para el verdadero fin individual inalienable; el voto no es *creador* de derecho, sino vehículo portador de él; no es el elemento múltiple el que engendra el elemento unitario o formal; al revés el acto, la perfección, la unidad, la Autoridad, vienen de Dios; el individuo será un mero transmisor (dejando ahora a un lado, por no interesarnos en este momento, la cuestión de si será o no transitoriamente sujeto de la Autoridad al transmitirla).

Por otra parte el Estado cristiano tampoco reconocerá nunca el falso principio hegeliano del totalitarismo, del Estado «creador de valores», que era el que copiando a Hegel hacía suyo por ejemplo el fascismo italiano (16). Por el contrario el Estado cristiano es sumamente respetuoso con la libertad individual; la limitará, sí, pero tanto cuanto conduzca con ello a procurar el bien común, término teleológico que el todo procura, y al que el Estado coopera informando a los individuos. No pisoteará al individuo porque sí, con gesto de desdén, para procurar un bien egoístico, propio; no les quitará la libertad sino en la estricta medida en que lo exija el bien común. El Estado totalitario, como es por ejemplo el Estado soviético, es en realidad un a modo de cáncer que prolifera a costa del todo. No obstante, la Autoridad, ha de dirigir el todo o cuerpo social con mano

(16) En Italia repartía la propaganda oficial un folleto que contenía el mismo texto del artículo que, firmado por Benito Mussolini, publicó la primera edición de la Enciclopedia Italiana, correspondiente a la palabra fascismo. En el folleto, MUSSOLINI, B.: *La doctrina del fascismo*. Ed. Vallecchi, Florencia 1937, § IV: «para el fascista, todo reside en el Estado y nada que sea humano o espiritual existe, y tanto menos tiene valor, fuera del Estado. En este sentido, el fascismo es totalitario, y el Estado fascista síntesis y unidad de todos los valores, interpreta, desarrolla e incrementa toda la vida del pueblo».

firme y con seguridad, en vista al fin que persigue con su actividad social este organismo moral que es la sociedad, procurando para el individuo las mejores circunstancias que él por sí solo no se podría procurar y que le ayudarán en la prosecución de su fin individual supremo, que alcanzará con la opción (que da sentido a toda su vida) por Dios o contra Dios.

Después del desarrollo que ahora hemos terminado, que partiendo de lo propio del viviente físico y pasando de ahí a examinar la vida psíquica y a la vida moral, finalmente ha desembocado en el viviente social, ahora el estudio de lo que nos proponíamos no será más que una aplicación de la misma teoría al caso particular que examinamos: al caso de España.

La palabra España, puede tomarse en sentidos diversísimos. Uno de ellos puede ser el de sociedad, como la consideraría por ejemplo un jurista, que la mira como algo actual. Podría también mirarse no meramente como lo que ahora es sino como una sociedad en el conjunto de su desarrollo, con lo que fué, es y va a ser. A veces espontáneamente pretendemos este sentido más amplio cuando hablamos de un ser que tiene como uno de sus constitutivos la temporalidad, o desarrollo temporal, por ejemplo cuando decimos que el hombre tiene la crisis de la pubertad en tal momento, y la de la vejez en tal otro; evidentemente no tomamos entonces la palabra «hombre» en el sentido meramente «actual», de lo que «ahora» es, sino este ser en el conjunto de su trayectoria vital. Si se trata de un organismo en sentido moral, es decir, de una sociedad, también entonces podremos tomarla, si queremos, no en cuanto a lo que es meramente en un momento dado, sino en el conjunto de su desarrollo. Sólo en este sentido podemos decir por ejemplo que la familia Borghese o la familia Farnesio o la familia Colonna tuvieron su esplendor con Paulo V, o con Paulo III, o con Martín V y que tuvieron la decadencia en tal o cual período: se entiende entonces por familia una cierta unión de continuidad en vínculos, derechos, historia, que relaciona moralmente a algunos individuos entre sí más que con otros.

Es evidente, no obstante, que hay una gran amplitud de analogía al llamar cuerpo o viviente en sentido moral a una sociedad tomada en este sentido. Puede no obstante hacerse; corrientemente lo hacen así los historiadores, los juristas, los filósofos. Por decir que la analogía en este caso será más amplia no puede inferirse que no haya ninguna: queda siempre una cierta relación, cierta continuidad; y por tanto las propiedades del viviente también podrán aplicarse a la sociedad así entendida, aunque, naturalmente con mayor amplitud.

Entendiendo, pues, las palabras Francia, Inglaterra, España, en este sentido, es interesante notar que también se ve en el conjunto del desarrollo de estas agrupaciones no pocas analogías con el viviente en los sentidos antes expuestos.

Ante todo una asociación moral e histórica requiere que, como sociedad y como continuidad histórica, tenga cierto elemento múltiple,

material, formado por los individuos y por los hechos temporales, contingentes, mudables que en ella aparecen; requiere asimismo para que la palabra con que designamos este *unum per accidens* no esté vacía de sentido, que efectivamente haya cierta unidad, ciertos elementos unificadores, que dan al todo, a través del espacio y del tiempo, los caracteres que nos permiten designarlo con tal nombre, por ejemplo «Francia», que expresa efectivamente algo, y algo que no es lo mismo que expresaríamos si dijéramos «Italia» o «Rusia».

Pues bien, así como el viviente en sentido físico perezce, se desintegra si pierde el alma o principio unificador y formal, que mantenía la síntesis vital a través de su desarrollo en el tiempo y lo lanzaba teleológicamente a la consecución de su fin; así como perezce la salud psíquica con la destrucción de su síntesis, que le quita la continuidad de desarrollo, que le permitía ser «el mismo» en su responsabilidad o vida consciente; así como la vida moral mengua o hasta perezce con la desintegración producida por la destrucción de toda ley o norma unificadora; así como la sociedad desaparece cuando desaparece el vínculo moral que la Autoridad, las leyes daban a la agrupación de individuos impulsándolos a la unidad del fin o término; de modo parecido la integración moral, menos estricta y más amplia que designamos con el nombre de España, desaparecerá cuando desaparezcan aquellos principios unificadores que informaban sus elementos materiales, múltiples y contingentes, desparramados en el espacio y en el tiempo, dándoles cierta comunidad de estilo en el ser y en la prosecución de un ideal o término colectivo por conseguir.

Es evidente (con todo, a pesar de ser evidente conviene repetirlo para evitar enojosas objeciones, que salen si no se repite) que sólo en sentido muy analógico hablaremos aquí de «unidad», de «principio informador» o, por ejemplo, de «esencia». Conservan, no obstante estas palabras un resto de significado, aquél con el cual podemos decir, por ejemplo, que, es más esencial para Inglaterra el formar parte de Europa, el ser una isla, el tener en sus habitantes individuos anglosajones, poseer rasgos eminentemente empíricos y prácticos, que haber perdido en un campeonato de fútbol en 1957 entre el Mánchester y el Madrid. Asimismo el viviente social o sociedad puede considerar algunas de sus leyes como «esenciales» y otras como «accidentales»: las palabras «esencia» y «accidente» no se le aplican con el mismo rigor que al viviente físico, pero contienen con todo un sentido, aunque con mayor amplitud o analogía.

Este es el sentido en el que contiene una gran verdad la afirmación de que para el buen ser de España hay que empezar por volver los ojos a sus principios formales; a aquellos que le han dado cohesión de vida y de ser, continuidad de estilo y de fin; es decir, que hay que volver los ojos a su Historia, pues «pueblo que no sabe su historia, es pueblo condenado a irrevocable muerte».

Frente a las dos soluciones, superficiales ambas (aunque en diverso grado), que hemos examinado y rechazado al principio, de euro-

peizar y africanizar a España, por querer una un injerto contra la naturaleza y la otra un injerto epidérmico, el primer elemento de solución para resolver el problema planteado por la faz propia de España es reafirmar con decisión y valentía su propio ser: «hispanizar a España».

«Sé tú mismo», «sé aquello que verdaderamente por el más íntimo anhelo de tu ser quisieras ser», tales son las expresiones de autoafirmación con que frecuentemente personas responsables afianzan al joven en un momento de crisis. Volviendo los ojos a su principio unitario y a una de sus típicas manifestaciones cuando empuja al hombre a su vocación propia, a su quehacer más íntimo, a su misión en este mundo (no a «una» misión, como decía Ortega en *España invertebrada*), así, con este llamamiento a lo íntimo, se rejuvenece el organismo, se acelera el metabolismo vital, se unifican sus fuerzas ante la dispersión circunstancial que le amenazaba, cobra confianza en sí mismo y siente que una nueva sabia primavera circula por sus venas alentando su ser a nueva vida.

Si esto que hemos dicho ya es verdad de un modo general de cualquier viviente, ya físico, ya moral, mucho más apremiante es en el caso de España.

¿Por qué? Porque cuanto más noble, cuanto más excelsa sea la vocación y misión de un ser, tanto más apremiante y digno es el llamamiento a ser él mismo, a buscar en la propia Historia aquellos principios formales que le dieron la perfección de la vida, ya sea vida en sentido propio, ya sea la vida en sentido en que la tiene el organismo moral, que también supone una gran perfección.

Hay en esto, pues, una gradación del menos al más. En el extremo inferior está la asociación mala. Es obvio que una asociación de malvados que se hubiera hecho famosa por el terror y la audacia de su actuación, no procedería acertadamente si en un momento de desaliento aumentase sus fuerzas apelando a la valentía y talento con que ejecutaron sus antiguas maldades. Sí; en ellas había una perfección *natural* (valentía, decisión, penetración intuitiva, habilidad, etc.); pero estando privada esta perfección de un bien inmensamente más alto, que es el bien *moral*, sólo podría apelar a lo bueno de su ser no a lo malo, y entonces cambiando su objetivo, perfeccionándolo en pro de una causa digna: usar su valentía, su decisión, su penetración intuitiva, su habilidad, etc. en una causa digna.

En el otro extremo, con toda la fuerza que daba el hecho de tratarse de una causa nobilísima, invitaba Dios con frecuencia al pueblo escogido, por la voz de los Profetas, a pensar en las glorias y grandezas pasadas, cuando fué fiel al llamamiento divino. Un santo, con frecuencia se reanimará pensando en el fin de su vocación, como aconseja Kempis recordar: «ad quid venisti et cur saeculum reliquisti».

España en la esfera de las sociedades organizadas como naciones, es una de las que han tenido características más nobles. ¿Me será aquí preciso dejar el cometido de filósofo y ocupar el de historiador

para demostrarlo, o me bastará con remitirme a ellos que en su propio terreno lo han demostrado tan abundantemente?

El mismo Menéndez Pelayo en su famoso epílogo a los *Heterodoxos* alude a algunos de estos rasgos; historiadores extranjeros, como Lummy (lo cito porque recuerdo la impresión indeleble que me causó cuando todavía adolescente leí su libro sobre los conquistadores españoles) o Walsh, o tantos otros, dan la respuesta al punto que faltaba, a la «menor del silogismo», dirían los escolásticos.

El ser viviente ha de inyectarse vida en las crisis volviendo a los principios que le dieron ser; y tanto más ha de hacerlo cuanto más nobles hayan sido estos principios. España es un viviente moral, dotado ciertamente de principios nobilísimos especificativos. Luego...

Este consiguiente se deduce por sí mismo y ya lo ha deducido interiormente el lector.

«El Duque Hermosilla de Salvatierra».

Gog, el fantástico protagonista de Papini, dedica a España una de sus visitas.

España se le antoja un a modo de Museo; pero Museo frío, sin alma, que más que guardar, lo que hace es encarcelar a sus ocupantes en una atmósfera mefítica. El ocupante de este Museo es, según Papini, el Duque Hermosilla de Salvatierra.

Confinado a sus antiguos e históricos paredones, se pasea por corredores en que se amontonan armaduras de guerreros medievales, que a su paso tiemblan con chasquidos de hierro viejo. Así ve Papini a España: como un viejo Museo de glorias viejas, muy grandes y gloriosas quizá, pero viejas, ya pasadas, ya muertas y que los españoles no saben imitar ni reproducir. Por tanto el que vive ahora de estas glorias del pasado es un a modo de sepulturero perpetuo. ¿No hay tal vez este peligro en la solución que hemos apuntado en lo que antecede?

Ciertamente es grande por una parte la equivocación del desarraigado, del innovador a ultranza, el yerro del hombre que piensa que sólo corre sabia en las plantas que están verdes. Verde está la hierba en abril; pero pronto quedará agostada. Seco está, aparentemente, el tronco del roble al terminar el invierno; pero esta sequedad es sólo aparente. Penetra muy poco, como los niños (y no sólo lo son los de corta edad, sino también hay «*pueri centum annorum*») quien no ve más vigor de vida que en la sabia externa y aparente; empeñarse en que un roble esté siempre como el heno en primavera es empeñarse en una utopía. No; el roble vivirá siendo siempre roble y no otra cosa; siendo lo que propiamente es; aquel tronco puede reverdecer a su tiempo y a su modo. Aquella sequedad es sólo aparente, temporal; cuando rompa la sabia aquella rugosa corteza, vivirá mil veces más vigorosamente que la hierba de los márgenes. Es ver-

dad que en muchos órdenes de cosas, y en todos los tiempos ha de haber por desgracia siempre algunas personas tan miopes, que aconsejen dejemos cortar el tronco del roble a cercén para rivalizar así con el heno aparentemente más verde y lozano, más «de actualidad». Nunca insistiremos con bastante energía en la solución fundamental que hemos dado con Menéndez Pelayo.

Pero se esconde también aquí un peligro, el peligro de entenderlo mal. Y este es el otro lado de la cuestión en que nos es preciso insistir ahora.

Este otro lado de la cuestión, este peligro que acecha por el extremo opuesto es el que expresa exagerándolo, Papini, con el símbolo del Duque soñador, entre las armaduras de sus antepasados.

¿Podríamos formular en qué consiste exactamente este otro extremo de que tratamos ahora?

Los filósofos formularían la idea aquí contenida con una expresión que a pesar de sus aristas exteriores (como todas las fórmulas) es rica de sentido. Según esta fórmula no hay que entender las cosas *materialmente*, sino *formalmente*. El Duque Hermosilla de Salvatierra, las entendía materialmente. Para llevar al extremo esta falsa inteligencia sólo le faltaba que para ser en todo semejante a sus antepasados y para emular exactamente sus glorias, se vistiese una armadura, se calase la visera dispuesto al combate, empuñase la lanza y saliese cabalgando un rocinante como otro Don Quijote a proteger a los desvalidos y desfacer encantamientos.

¿Que sus antepasados hicieron esto? Quizá materialmente hicieron esto; pero hay un espíritu que informa esta letra; hay una forma o perfección que precisamente porque es perfección, por una parte permanece informando y dando al todo la denominación de «el mismo» pero por otra parte se manifiesta con una multitud de actos y estructuras vitales, siempre cambiantes y nuevas, dentro de aquella unidad. Tomar lo cambiante como toda la realidad, es el yerro que hemos rechazado antes; pero tomar lo cambiante sin ningún cambio, con rigidez de muerte, es el otro extremo. El peligro de tomar las cosas materialmente cuando falta genio para poseer el espíritu que lo informaba antaño, es un peligro que siempre acecha.

Imaginémonos al Fundador de una Orden Religiosa antigua, por ejemplo que hubiera existido en el siglo X, un santo de éstos que con sólo existir, según nota bien Bergson, ya son un llamamiento. Supongamos que en el siglo en que vivió se hubiese perdido el sentido del valor de la pobreza, y por ello que este santo ordenase a sus seguidores: «todos beberéis en un vaso de madera y comeréis con cubiertos de madera». Esta es la ley. Pero ¿cuál es la razón formal de esta ley, es decir, el porqué? Es sencillamente por un lado el amor a la pobreza, como elemento formal de la prescripción; y por otro lado el hecho material de que entonces, en el siglo X, era más pobre comer con cubierto de madera que con cubiertos de metal. Pasan los siglos y ahora es al revés; unos cubiertos de metal sencillo y un vaso

de plástico son mucho más baratos que unos cubiertos de madera trabajada a mano. Si sus seguidores continuasen comiendo con vajilla de madera, entenderían las leyes materialmente; las entendería formalmente quien dijese: la razón por la cual entonces se dió aquella prescripción fué la pobreza, pero ahora lo más pobre y barato es, por ejemplo, el plástico, luego comamos ahora con cubiertos de plástico; seremos distintos de nuestro Fundador materialmente, no formalmente.

No sé si en realidad existe o no este ejemplo que pongo; ni digo que en caso de que realmente existiera no pudiera haber en aquella Orden religiosa otro motivo para hacerlo así: por ejemplo, un perenne recuerdo de su Fundador; u otra razón. En todo caso habría de haber éste u otro motivo; si no lo hubiera y si siguiesen comiendo en madera sólo por hacer lo que su Fundador les dijo, entonces realmente traicionarían el espíritu de su Fundador ejecutando materialmente la acción de gastar hoy día miles de pesetas innecesariamente en la fabricación de cubiertos de madera, para cumplir una ley que se dió por cierto para combatir los gastos inútiles.

Sentiría que se interpretase mal, ya en un sentido, ya en otro (ambos peligros existen) lo que voy diciendo. Lo interpretaría mal en un sentido quien razonase así: el tiempo de las carrozas y de los yelmos ya ha pasado a la Historia; luego arrinconemos a un Museo, como cosas inútiles de un pasado que no volverá, todas estas prendas. Este tal creo que estaría equivocado. Muy útil podrá ser al Duque Hermosilla de Salvatierra poseer en su palacio la colección de vestidos y armaduras de sus antepasados, para que le sean un recuerdo constante y un acicate de primer orden a mantener su espíritu de nobleza, de arrojo, de sacrificio, de valor, de entereza en la defensa de la Fe, de amor a la patria... Este aspecto no lo ve Papini. Pero acierta al criticar al Duque Hermosilla de Salvatierra cuando éste no hace nada más y se queda con sólo este recuerdo antiguo, es decir, cuando ha repetido materialmente la misma acción, que resulta en este caso estéril, porque ha dejado escapar el espíritu que la informaba. Quien poseyera ahora este espíritu haría lo mismo, exactamente lo mismo que sus antepasados, pero de un modo algo distinto, como la planta permanece la misma cambiando siempre sus hojas y retoños: el olivo es olivo cuando reacciona de un modo ante la helada los años de frío, y de otro modo ante la sequía los años en que el sol abrasa.

No soy enemigo de los timbres de nobleza; no me desagrade el culto a los castillos y monumentos, a esas piedras de nuestra Historia, a través de las cuales el hombre cobra vigor y reconoce las raíces de su ser en la Historia y grandeza patria, sintiéndose vinculado a unos padres y a una nobleza que obliga. Más aún, si he de confesar al lector lo que siento, le diré que tanto en el orden nacional, como en el regional, como en el familiar, estos vestigios son los que me dan un goce sincero cuando los poseo y contemplo. Lo que critico es la actitud de aquel noble que no hace *nada más*; que en vez de tomar

el *signo* para pasar a la cosa *significada*, en vez de atravesar la materia para poseer el espíritu que la informa, se queda ahí, satisfecho con un despojo material de Museo.

La inmensa distancia que hay entre las dos actitudes es exactamente el abismo que se abre entre el color sano de la mejilla y el colorote puesto sobre el rostro de un cadáver: ambos son rojizos, pero uno *ab intrinseco* y el otro *ab extrinseco*. es la diferencia que hay entre la tradición y la rutina. Los dos extremos opuestos de conducta, ambos equivocados, son los de aquél que echa por la borda la tradición, creyendo que todo es rutina (o con pretexto de echar la rutina); actitud que antes he caracterizado de superficial, y la actitud del otro extremo, también dañosa, es la de quien canoniza la rutina creyendo que todo es tradición (o con pretexto de mantener la tradición), tesitura que queda reflejada con el epígrafe del «Duque Hermosilla de Salvatierra».

Hay un caso curiosísimo que ayuda a maravilla para ver en concreto esta polaridad: es el de la Iglesia Católica. Cuando Jesucristo dió el mensaje de salvación, fundó una asociación, oí δώδεκα, «los doce», como los llamaban, con una cabeza, un poder, un Espíritu, una doctrina. Llega el momento en que se siente la necesidad de salvaguardar el cuerpo social y surge la ley, finalmente recopilada en el Código de Derecho Canónico. Por un lado rechaza la pretensión de hacer caso omiso de la codificación: se requiere. Por otro lado no la idolatra como fin en sí; conoce el peligro de esclerotización que sobreviene a las sociedades cuando el espíritu que las animaba (el elemento formal) ya está perfectamente codificado. Y aquí está lo maravilloso: mientras durante XX siglos mantiene constantemente sin cambiar la pretensión de ser la depositaria de la misma Verdad, pretensión que fuera de ella nadie ha mantenido, sin embargo un Espíritu interno la anima de tal modo a través de la Historia, que está constantemente con el afán de ir explicitando esta Verdad, defendiéndola de los errores siempre diversos de cada tiempo; mantiene el Código, pero sin cesar rompe las estructuras ya inservibles con las nuevas floraciones de Ordenes religiosos (en cada tiempo acomodadas a las necesidades del momento), movimientos impulsados por los santos que sin cesar florecen en su interior y la rejuvenecen, manifestando *el mismo* Espíritu, que entonces actúa de un modo accidentalmente muy diverso. Esto no quiere decir que el elemento material de la Iglesia, nosotros, los hombres que somos sus miembros, no vayamos a veces a remolque en plan rutinario o al revés como revolucionarios, que sacrifican parte de la tradición por creerla rutina; pero a pesar de estas deficiencias, inevitables dondequiera haya hombres, hay constantemente en medio de una actitud invariable; una interior renovación de vida, que admiran los mismos protestantes y cismáticos, que no logran evitar el salto brusco de un extremo a otro.

El rutinario invoca lo que él llama tradición como un pretexto para imaginar que ya está todo hecho y definitivo y por tanto como

un pretexto para la holganza o para defender su egoísmo. El casquivano superficial, que tanto abunda, imagina que el mundo ha nacido el mismo día en que él nació y que toda la tradición ha de ser liguidada como rutina. En realidad el organismo viviente que es siempre el mismo (mientras no muera) haciéndose constantemente otro y teniendo otra manera de ser el mismo, no procede así. Toma lo recibido, la tradición, como elemento fundamental que cuidadosamente conservará y vivificará perfeccionándolo; pero sólo ve en su permanencia un estímulo para trabajar más, para ir más lejos, para conseguir más de lo que ya le ha sido dado.

Durante un Congreso Internacional de Filosofía corría de boca en boca un chascarrillo atribuido a un inglés. Este chiste define la actitud psicológica que diversos grupos toman ante la verdad. Para definir este comportamiento o actitud psicológica destaca un rasgo característico de cada grupo: «Roma posee la verdad; los alemanes *oscurecen* la verdad; los franceses *deforman* la verdad; los belgas *son* la verdad; los ingleses *utilizan* la verdad; los italianos *cantan* a la verdad; los españoles *luchan* por la verdad»...

Dejando ahora sin discutir si hay o no exageración en la caracterización de las otras actitudes psicológicas, creo que no se discutirá que en lo que se dice referente a España hay un fondo innegable: el español «lucha» por la verdad. No sólo hoy y ayer y anteayer. Sin esto no habría reaccionado como hizo ante el Renacimiento, ante el protestantismo, ante el liberalismo, ante el subjetivismo kantiano. Más aún, hasta los mismos heterodoxos españoles, los que pretenden proclamar la tolerancia, son los más luchadores, son los más intolerantes, en el modo de proclamar la tolerancia. Basta ver la Historia para comprobar este hecho. Creo que fué Mr. Starkie quien dijo en cierta ocasión que en España «todas las ideas acaban en punta». Y la punta se clava, naturalmente.

¿Querrá esto decir que no podemos perfeccionarnos, para que conservando la firmeza se claven menos hondo de lo necesario? Negar este perfeccionamiento en el «modo» de proceder, estaría fuera de mi propósito. Pero también lo estaría deducir de aquí que intentando perfeccionarnos en el «modo» vayamos a la actitud de alabar sin fin todo lo nuevo (aun equivocado) de nuestros días y ambientes extranjeros, tomarlo por igualmente verdadero todo y finalmente resignarse con una actitud de «comprensión» incondicional. Ni uno ni otro extremo.

Entendiéndolo rectamente es innegable que ha habido ejemplos notabilísimos en que podemos inspirarnos para conservar lo formal de la defensa de la verdad, sin lo material que en aquel chiste se cuelga a algunas nacionalidades. Pienso en este momento en el gran ejemplo que fué un santo, San Francisco de Sales, el Santo Obispo de Ginebra; trataba constantemente con los herejes, por lo tanto no es el caso de un hombre que viviese aislado. Por una parte su suavidad es proverbial, su caridad nunca desmentida; por otra, nunca

claudicó en la verdad, en su defensa y amor: sin esto no sería santo. Sus ideas no obstante no se clavaban puntiagudas porque sí, irnecesariamente, sino en el grado estrictamente indispensable para dejar sentir la verdad. Suya es la frase: «se atrapan más moscas con una gota de miel, que con un barril de vinagre». Mucho vinagre se vierte a veces, hasta por los que claman contra el vinagre. Recuerdo en este momento un libro en que se quejaba su autor contra el vinagre que a su juicio habían vertido los que impugnaban la filosofía de Ortega y Gasset: pero este mismo libro (a juicio de personas enteramente imparciales) estaba avinagrado de cabo a rabo. Cabría, pues, aquí (lo pongo únicamente a modo de ejemplo) la manera de ser el mismo en la defensa de la verdad, con un perfeccionamiento en el aspecto externo.

La diferencia que algunos pretenden encontrar en el Menéndez Pelayo de los últimos años no fué diferencia de tesis, que mantuvo firmemente siempre; fué diferencia del modo, entre un joven plerótico de energías que redundaban en su pluma cuando inició las controversias primerizas sobre la realidad de la Filosofía española, y el estilo pausado y más sereno del hombre maduro, que es ciertamente el mismo, pero de otra manera, con más plenitud y perfección.

En su misma conducta dió ejemplo del modo de entender la Historia, no materialmente como el Duque Hermosilla de Salvatierra, sino formalmente, ahondando en el espíritu que le dió vida; pues «pueblo que no sabe historia es pueblo condenado a irrevocable muerte».

Hispanizar a España.

Nunc vada latrantis Scyllae, nunc ora Charybdis, nos dice el verso de Ovidio reflejando las inquietudes de los navegantes que huyen de Escila, que ladra amenazadora con sus escollos, y la boca abierta de Caribdis, dispuesta a tragarse a las naves imprudentes, dentro del vórtice de sus remolinos.

Las palabras de Ovidio no pierden actualidad en los problemas de hoy, como el que hasta ahora hemos tratado de bosquejar en este esbozo de ensayo.

Realmente así como en filosofía la historia de los sistemas se balancea en una perpetua alternativa entre la tendencia excesivamente empírica de los sentidos (agnóstica, materialista) y la tendencia demasiado racionalista (idealista, panteísta), que son los Escila y los Caribdis del pensamiento, así también en la filosofía del organismo moral, cual es un grupo étnico y social mirado en su historia, hay constantemente el ladrido revolucionario de Escila dispuesta a cada instante a romper con el pasado y la sirte abierta de Caribdis que rechaza todó esfuerzo, toda conquista, toda superación, todo lo que es incesante y duro trabajo.

Nunca reafirmaremos con bastante entereza lo formal de España, este principio vital que la plasmó, sin el cual no hubiera sido lo que fué, ni sería lo que es, ni podría ser lo que será.

La cultura occidental, patrimonio que España ha heredado en su legítima correspondiente, le dió como elementos cuasiformales que informaron las tribus amorfas de la península, la impronta de Grecia con el rango supremo de la *vida racional*, sujeta a orden, capaz de dar un porqué o respuesta de sus actos, es decir «responsable»; el cultivo de la *voluntad*, tan diversa del fatalismo oriental; y el descubrimiento del *sentimiento*, no por cierto como mero hecho (también había sin duda arte y cultura en las civilizaciones antiguas fuera de Grecia) sino de modo reflejo, con captación de la función de la belleza como tal y su encuadramiento en las teorías filosóficas. Roma dió el otro de sus elementos cuasiformales con su sentido de la *unidad política*, tan ajena a la indómita sujetividad de las tribus celtibéricas, y su gran descubrimiento, *el derecho* (17).

Sobre estos dos lejanos elementos, el tercero y más excelso ha sido ciertamente la Fe, esta *Fe Católica*, que ha sido alma del alma de España.

Parece que en un ensayo a base de ideas filosóficas no me es necesario empezar a citar testimonios de este hecho histórico tan abundantemente comprobado. Que la misma Fe le dió la unidad nacional casi desde el principio de la monarquía visigótica; que ante la invasión árabe fué la Fe un factor principalísimo de la resistencia y reconquista; que los Reyes Católicos forjadores de la Unidad Nacional, los que empujaron a España a su proyección mundial, llevan en su mismo nombre un título de esta Fe; que toda la literatura y la filosofía están desde entonces impregnadas de la grandiosidad de esta Fe; que Carlos V y Felipe II, ambos en el zenit del esplendor de España, seañalaron en la superficie de Europa una línea de contención con las armas españolas, que fué precisamente el límite que contuvo la defección anticatólica; que nuestros pensadores fueron los que en Trento en los momentos más decisivos para el futuro de Europa, descollaron como nadie con su Teología en la forja de una Cristiandad, de cuyo impulso todavía ahora vivimos; que cuando nos dejamos inficionar por el afán de europeizar a España en el siglo XVIII fué cuando España decayó pasando desde la categoría de rectora del mundo a la de un mendigo de sonrisas internacionales; que la impronta dejada por España en medio mundo es ante todo un sello de su Fe,... jesto y tantas otras cosas semejantes podrían decirse y demostrarse, como ya se ha hecho en no pocas ocasiones!

No obstante fuera de todo ello, que reconozco y dejo a los historiadores para que nos lo espongan, me fijaré ahora únicamente en las *repercusiones psicológicas* de esta Fe, tema no tan expuesto y que es sumamente interesante para ver algo de lo que tiene de verdad la

(17) Véase algo más desarrollado en el artículo citado en la nota 5.

afirmación de que la Fe Católica ha sido el más importante principio formal y animador de España.

Es un hecho que el constante *afán de superación* brota de suyo espontáneamente de la naturaleza del espíritu humano, por ser espiritual (18); pero este afán, que radicalmente no se suprimirá nunca mientras existan hombres, en ciertos períodos humanos, sociales, históricos se adormece, queda como inoperante; por ejemplo cuando el vicio se adueña del horizonte psíquico, ya individual, ya social (como por citar un caso puede decirse de la decadencia del Imperio Romano en los tres primeros siglos de nuestra era). En cambio, es uno de los aspectos típicos de la Fe Cristiana que por lanzar al hombre a un fin trascendente, más allá de los bienes sensibles y con la promesa de una felicidad inefable, le coloca un aguijón en su carne, que lleva adelante el constante progreso de la ciencia y de la civilización. Conocemos por ejemplo los grandes monasterios de bonzos en Oriente, manifestación de este anhelo connatural al espíritu humano a sentirse insatisfecho con lo presente y aspirar a un bien superior; pero en ellos este anhelo se estanca y se desvía porque es como un ciego callejero que va corriendo con los ojos vendados: ¿qué conseguirán? ¿cómo lo saben? ¿qué certeza tienen de que su gemido lanzado a la bóveda del cielo hallará un eco que baje de lo alto? ¿por qué hay que amar a los otros hombres? ¿por qué sacrificarse fuera del motivo puramente práctico de no sentir así la desazón del fracaso ante la nada de las pasiones y de los bienes? Estas y otras tantas preguntas fundamentales muestran hasta qué punto estos pobres monjes de cabeza rapada se asemejan a una víd que lanza al aire sus zarcillos sin tener dónde agarrarse. En el seno de la Fe católica pasa radicalmente al revés. ¿Será preciso seguir por menudo todo el cotejo en este punto?

Otro rasgo que es herencia típica de esta Fe es el *ennoblecimiento progresivo*, al dar al hombre la consideración de persona, no de cosa, ni de engranaje anónimo, ni de instrumento de otros fines, sino el rango propio de hijo de Dios, realmente portador de valores eternos e intransferibles: lo cual lleva consigo que se ve lanzado de por vida a una lucha constante contra lo desordenado de sí mismo, contra el pecado, que envilece. Desde luego también siente el hombre fuera del catolicismo remordimiento por el pecado y deseo de vencerlo: pero ¡de qué manera tan clara, tan consciente, tan precisa, tan urgente y distinta de lo que el paganismo concebía se halla este rasgo ennobecedor en la Fe Católica! España ha asimilado hondamente este afán. Más aún me atreveré a decir: que en un pueblo tan individualista y apasionado como es el nuestro, su falta sería incomparablemente más desintegradora que en otros pueblos, como por ejemplo los nórdicos, que quizá más fácilmente evitan la *ὕβρις* dionisiaca en el orden social.

(18) *Todo o nada*. Espiritu 2 (1953), 115-128.

También es un rasgo netamente apreciable del surco que la Fe Católica ha dejado en el alma de España, la *firmeza en la Verdad*. Este rasgo es propio no diré ya del cristianismo (pues en el protestantismo ha decaído muchísimo dando lugar a una infinidad de sectas y doctrinas y finalmente al indiferentismo europeo que esconde bajo el nombre de «tolerancia» su propio fracaso), es propio de un modo muy especial de la Fe Católica. Como observé en 1956 en *Humanitas*, revista italiana que publicó una antología de concepciones sobre los rasgos diferenciales de Europa, «el mundo pagano oscila entre dos extremos: el marasmo del escepticismo en los períodos de depresión y el fanatismo irracional en los momentos de exaltación. Entre ambos extremos se encuentra la firme serenidad de la Fe cristiana, cuyo rasgo más característico es precisamente la firmeza en la Fe». De aquí brota esto que llaman intransigencia (¿no llamó así Rousseau en el *Emilio* al principio de que hay una verdad y ésta se halla en la Fe revelada?); brota también consecuentemente la necesidad de luchar en su defensa y propagación toda vez que se ha admitido que es «la» verdad.

También está en conexión con ello el hecho de la *universalidad*: no la universalidad aparentemente propia del liberalismo, pero que en realidad es sólo el fruto de la sabia cristiana que el liberalismo desarraigó de toda idea que le había dado vida, fundándola en el dogma laico de la «fraternidad» y en el hecho psicológico de la «indiferencia» o relativismo doctrinal para el que todos son iguales porque nadie puede tener la verdad. La auténtica universalidad es por el contrario la que fluye de una Fe y Verdad que por ser la única y camino necesario de salvación, lanza al hombre de mil maneras distintas a procurar el bien de todos aquellos que por ser hijos del mismo Dios son hermanos suyos. Es verdad que el católico colocado ante el hecho de la disgregación de credos y normas morales sabrá tolerar este hecho y convivir con los demás: pero sólo como mal menor, sólo como un hecho, nunca como una meta, nunca como un ideal a que aspirar. Pues bien, España no sólo ha heredado la Fe Católica, sino que estos elementos más característicos los ha asimilado tan en lo hondo de su ser, que verdaderamente han es-
 tructurado su alma, su Historia y su futuro de suerte que pretender arrancárselos sería querer arrancarle el alma.

Por esto frente a un *Renacimiento* paganizante, como era el de Erasmo, España se alistó al que podríamos llamar movimiento del Renacimiento cristiano con Luis Vives. Frente al subjetivismo *Protestante* España, ya antes de Trento y después de él todavía más, ha hecho girar alrededor de la Cátedra de Pedro su vida religiosa con la secuela de la unidad en la Fe, en la Jerarquía y en la catolicidad de todo el mundo romano. Frente al *Liberalismo* de la Revolución francesa, un siglo de guerras reafirman su voluntad de tener en Dios la fuente del derecho, del poder, de la libertad. Frente al subjetivismo de la *Filosofía postkantiana* que en España será eternamente

infecunda y extraña, como una astilla clavada en carne viva, ha reaccionado relegándola a la categoría de cavilaciones que mira con desconfianza y arrincona a que viva en el recinto de unos círculos esotéricos intelectuales más o menos afectados de la vanidad de creerse seres superiores. Hasta tal punto es esto así que los mismos heterodoxos que recientemente han germinado de la sangre española y que han sido educados y formados en el extranjero, conservan algo de los rasgos de origen: el anhelo del espiritualismo frente al materialismo (como pasa en Santayana), el apasionamiento cordial por querer una Fe que perdieron por el mal uso de la razón (como en Unamuno), la nostalgia por injertar algo de razón al mismo relativismo e historicismo que los envascaba (como en Ortega ahora y en el siglo XV en otro español formado fuera de las fronteras, Raymundo de Sabundia, que rebota contra el nominalismo entonces triunfante (19).

* * *

Junto a los *elementos formales* que a través de la unitaria multiplicidad histórica de su proceder manifiesta España, descuellan no menos otros, cuya raíz más bien se halla en las condiciones materiales de su tierra (tan ponderada y exagerada por los del 98, los cuales en la geografía y en la meseta castellana parecían hallar el contrapeso psíquico de su pesimismo) y en una palabra: todos los rasgos de su *elemento material*, rico y múltiple.

Entre ellos está, a no dudarlo, su indomable *vcluntad de independencia*, que desde la lucha contra las legiones romanas y la reconquista contra los árabes, culmina en la guerra contra los franceses en 1808 y contra el comunismo internacional en nuestros días. Con ella no menos destaca su obvia consecuencia, que es *nuestro individualismo* altivo, ibérico que nos hace tan distintos del automatismo germánico, o del gregarismo eslavo; este individualismo si bien presenta constantemente el peligro de la desintegración nacional, no menos contiene la riqueza de una inagotable vena de recursos en los momentos más difíciles en los cuales sólo lo imprevisible y heroico del individuo puede hacer posible lo que parecía a todas luces imposible; este individualismo es también el que nos hace amar la región propia, lejos de fundirla en una homogeneidad centralizadora como en Francia. *La Tradició Catalana* del Doctor Torras y Bages contiene a no dudarlo una exaltación de la riqueza de Cataluña. Me siento yo tam-

(19) No me parece acertada la duda que formula el señor LAIN ENTRALGO, P.: *España como problema*. Madrid 1956, tomo I, pág. 344, nota, donde dice a propósito de Menéndez Pelayo: «¿Quedaría en la contextura de ese *propio fondo* algo más que la fidelidad a la verdad católica, si don Marcelino hubiese explanado íntegramente su pensamiento?» Opino (como puede verse por lo que voy diciendo), que en la concepción de Menéndez Pelayo sobre España, quedaría «algo más», aunque desde luego este «algo más» estaría radicalmente informado y elevado por la Fe Católica.

bién catalán y amo a Cataluña en cuya Tradición reconozco el dedo amoroso de Dios. Tan lejos estoy de renegar de mi lengua, que si escribo en castellano y no en catalán es por la mayor universalidad del público al que me dirijo, pero siempre he escrito en catalán mis apuntes íntimos y contestaría como Apeles Mestres en su poema «A un castellà» a quien me preguntase por qué amo una lengua (en que me habló mi madre, en que invoqué a Dios desde mi niñez al rezar, en que expresé mi primera emoción de lloro y sonrisa: «l'estimo perquè sí, perquè és la meva!» No se requiere para ser español dejar de ser catalán; España como unidad nacional gozará de buena salud el día en que los catalanes gritemos, en catalán, «visca Espanya!»

Pero el culto al individuo no ha de caer en el individualismo, que es su exageración; no es, ni debe ser (aunque el peligro aceche siempre, lo reconozco) el gesto ridículo del separatismo, que se repliega egoísticamente en su pequeñez con una posición que es una incapsulación mortal.

Otro de los rasgos curiosos de España, ya en este orden más derivado en que ahora hablo algo alejado de los principios o ideas, es la nobleza, esta valentía sincera y heroica, que es antitética del servilismo, de la villanía, del gesto de adulación; a ningún extranjero se le ocurrirá el apelativo «la pérfida España», a lo más se le oirá el de la «generosa España» o por exceso «la quijotesca España»: y este rasgo hace a España especialmente amable. Tiene no obstante, como indicaba, el peligro de la exageración; este peligro es el quijotismo, es decir este afán exhibicionista de grandezas y bienes que nos hace no pocas veces gastar y derrochar en adornos de fachada, en gastos superfluos, lo que mejor sería invertir en el estudio, en el trabajo serio, paciente y concienzudo; es el quijotismo el que no pocas veces nos hace derrochar en el lujo, como el noble tronado que se privará de comida y vivirá negramente de puertas adentro, con tal de no dejar la ostentación de puertas afuera.

Pero una exageración posible no quita la cualidad fundamental que hizo posible esta exageración: y es esta cualidad madre la que ha engendrado el hecho maravilloso de que en América y en Asia se haya injertado el genio español vivificando sin aniquilar, ennobleciendo sin humillar, unificando alrededor de una Fe, de una lengua, de un estilo de vida, sin suprimir sus propias riquezas individuales.

* * *

No prosigo la enumeración. Con la descripción de los elementos formales que he enumerado al principio y que han de quedar siempre como alma de España; con un iniciado esguince de enumeración de algunos de sus rasgos materiales y derivados (que por estar en un orden posterior podrían multiplicarse sin fin, pero cuya enumeración total no interesa al filósofo) está ya, más o menos acertadamente

trazado, el boceto de ensayo que sobre la hispanización de España me propuse trazar.

Un punto querría mencinar todavía y es: mi propósito deliberado de prescindir de toda política. No sé si lo interpretará así el lector, pero puedo asegurarle que mi sincero deseo ha sido el de moverme, como filósofo, en el orden de las ideas, sin mencionar, ni designar, ningún orden particular político sobre el modo de realizarlas.

No quiere esto decir que las ideas filosóficas no puedan tener repercusiones políticas. Suárez, Vitoria, Belarmino no fueron políticos sino filósofos y teólogos. Sin embargo los políticos podían hacer derivar las concepciones de ellos (que son todavía de un orden más concreto que aquél en que yo me he movido) hacia una labor política ulterior. Sin negar, pues, esta posible aplicación y ulterior repercusión a que soy ajeno, mi intento ha sido prescindir de toda política para quedar en el orden de las ideas. Ideas son que ciertamente desautorizan algunos movimientos ideológicos que se han plasmado en ciertas formas políticas; pero los combato en cuanto ideológicas, dejando de examinar si en el orden político pueden o no rectificar. Por ejemplo ciertamente he combatido y desautorizado el principio desintegrador del liberalismo doctrinal (condenado por la Iglesia y cuya falsedad manifiesta nuestra Filosofía Cristiana); rechazo también el otro extremo que es el totalitarismo al modo de Hegel, ya se teorice después en forma del totalitarismo nazi o al modo del comunista. El primer extremo, el liberalismo, hace prevalecer lo material y desintegrador; el segundo, el totalitarismo rinde culto idolátrico al elemento formal y unitario. En la difícil pero necesaria síntesis vital de ambos elementos, múltiple o material y unitario o formal, queda abierto el camino de superación.

Este camino lejos de conducirnos al inconsciente gesto de «europeizar a España» o al energuménico grito de «africanizarla», dice más bien «hispanizar a Europa» (en la medida en que cada pueblo sin traicionar a lo mejor de su ser puede ser capaz de asimilar esta aportación); y para «hispanizar a Europa» es preciso empezar por «hispanizar a España». Este es el camino que se abre ante nosotros en una perspectiva sin fin. «Hispanizando a Europa» que en el fondo es realmente europeizarla, hacerla revivir con lo que le dió el ser, el escándalo de una diversidad difícil, se trocaría en una íntima armonía,

* * *

IV. Conclusión

Nada exagerado sería concluir que al borde de este camino hay una flecha que señala la dirección a un punto del horizonte en que está escrito un nombre: *Dios*.

Si los hombres empezaran por resolver en sí mismos el eterno conflicto de su egoísmo (ya sea carnal, ya sea de posesión de riquezas, ya de honores) que es un trasunto en pequeña escala del conflicto entre lo múltiple del ser potencial que ha de unificarse actualizándose, sometiéndose a la ley y a la posesión del Acto Puro, Dios; si resolviesen el problema más hondo en sí mismos, habrían conseguido con sólo ello lo principal para resolverlo luego a gran escala, como son los problemas que tiene hoy día planteados el mundo occidental y de un modo particular dentro de Occidente, España. El problema de la consistencia del edificio es ante todo el de la consistencia de cada uno de sus ladrillos.

Y si no seguimos este camino, ¿qué?

Esta es la pregunta: ¿qué pasará si no seguimos por este camino?

No voy a ser yo quien le dé respuesta. Voy a tomar la respuesta del gran literato de Fünen (Fionia) Johannes Joérgensen, este nórdico que a fines del siglo pasado y comienzos del actual tanto influyó en Dinamarca, después de su maravillosa conversión a la Fe católica por la figura del «poverello» de Asís. Su precioso libro titulado «Parábolas» nos da la respuesta que buscamos. No quiero profanarla añadiendo mis expresiones a las suyas; prefiero transcribirlas literalmente. Esta parábola dice así:

Erase una vez una hermosa mañana de septiembre. Los prados brillaban con las gotas de rocío que los cubrían y los hilos de araña, brillantes como la seda, se balanceaban en el aire. Venían de lejos y se dirigían lejos.

Uno de estos hilos se posó en la cima de un árbol y el aeronauta, una arañita negra y amarilla, bajó de su ligera cesta aérea y se posó sobre el suelo más resistente del follaje.

Pero el paraje no fué de su gusto y tomando una rápida resolución hiló otro cabo y descendió directamente sobre un matorral de espinos.

Aquí había bastantes brotes y ramas de maleza para que tejiese una tela. La araña empezó a trabajar dejando intacto el hilo a lo largo del cual había descendido, para que sostuviese el ángulo superior de la telaraña.

Fué una telaraña grande y hermosa. Tenía algo de particular esta telaraña: cualquiera diría que se elevaba en el vacío sin que se pudiese ver qué era lo que sostenía su borde superior, porque hay que tener una vista muy fina para descubrir los confines de una telaraña.

Pasaron días y noches, noches y días. Las moscas empezaron a escasear y la araña se vió obligada a agrandar su tela, a fin de poder cazarlas en mayor número. Gracias al hilo de arriba pudo ensanchar su trampa más allá de todo lo que se hubiera podido creer. Alargó su telaraña en altura y en anchura de tal modo que la telaraña pronto se extendió sobre todo el matorral. Cuando colgaba durante las mañanas húmedas de octubre, cubierta de gotitas brillantes, parecía un encaje de perlas.

La araña estaba orgullosa de su obra. Ya no era aquella nada que se columpió en el aire colgando de un hilo y sin perragorda en el bolsillo, por decirlo así, dotada sólo de grandes glándulas hiladoras por único tesoro. Ahora era ya una araña gruesa y pesada, bien acomodada y que tenía la telaraña mayor de todo el matorral.

Una mañana despertó con un malhumor nunca visto. Durante la noche había helado un poco y no lucía ni el más insignificante rayo de sol para alegrar su trocito de tierra; ni la más pequeña mosquita zumbaba en el aire. La araña tuvo que estar hambrienta e inactiva durante todo este día de otoño.

Para matar el tiempo se puso a rondar por su telaraña a fin de comprobar si nada necesitaba ser reparado. Tiró de cada uno de los hilos para comprobar si estaban bien fijos. Pero por más que hizo no pudo encontrar ningún fallo, quedó sin embargo con un malhumor insoportable.

Acabó descubriendo en el borde exterior de su malla un hilo que le pareció desconocido para ella. Todos los otros hilos se dirigían acá y allá y la araña conocía perfectamente cada una de las ramas a que estaban sujetos. Pero este hilo enteramente inexplicable *no iba a ninguna parte*, es decir, que subía directamente hacia arriba.

La araña se levantó sobre sus patas traseras y se puso a mirar arriba apretando y cerrando un poco los ojos, pero no pudo comprender dónde terminaba ese hilo. Parecía que iba a perderse entre las nubes.

La araña se enfureció más y más a medida que miraba fijamente sin llegar a descubrir nada. No se acordaba que ella misma un día claro de septiembre había descendido por ese hilo. No se acordó ya de la gran utilidad, precisamente de este hilo, cuando había hilado y después agrandado su telaraña.

La araña ya había olvidado todo esto; se limitaba a comprobar que allí había un hilo incomprensible, que no servía para nada, que no se fijaba a ningún sitio razonable, y que subía arriba en el vacío.

—¡Abajo con este hilo!, dijo la araña.

Dicho y hecho, con un tijeretazo de sus mandíbulas cortó aquel hilo por la mitad.

En el mismo momento la telaraña cedió, toda la malla tan artísticamente construída se derrumbó y cuando el insecto volvió en sí yacía sobre las hojas del matorral espinoso, con la cabeza cubierta con los harapos de su telaraña que no era más que un trapo mojado.

Había bastado un momento. Sencillamente había olvidado la utilidad del hilo de arriba.

Juan ROIG GIRONELLA, S. I.

San Cugat del Vallés, 1958.